

JESÚS EXPULSA LOS «DEMONIOS»

LA LUCHA CONTRA LOS «ESPÍRITUS INMUNDOS» EN LOS EVANGELIOS

Fray Julián de Cos, O.P.

Real Convento de Predicadores (Valencia, España)

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/jesus-expulsa-los-demonios/>

INTRODUCCIÓN

No vamos a tratar aquí el problema del mal ni hablaremos sobre el diablo, sino que estudiaremos los pasajes evangélicos en los que Jesús sana a personas, liberándolas de los «demonios» que las tenían esclavizadas con diversos tipos de dolencias. A veces son llamados «espíritus inmundos» y también se emplean dos nombres propios: «Satanás» y «Belcebú», que es como llamaban al príncipe de los demonios.

Como bien sabemos, esas acciones tan beneficiosas –y espectaculares– le trajeron a Jesús problemas con las autoridades religiosas. De hecho, ciertas personas llegaron a acusarlo de actuar en nombre del príncipe de los demonios. Pero Jesús supo defenderse de esa falsedad.

Aunque generalmente era Jesús quien expulsaba a los espíritus inmundos, otras veces enviaba a sus discípulos para que ellos mismos lo hicieran en su nombre, aunque hubo –al menos– una ocasión en la que no lograron. En otro momento se toparon con un desconocido que, si bien no quería formar parte del grupo de Jesús, expulsaba demonios en su nombre.

De todo esto y de otros pasajes vamos a hablar en este estudio. Y lo haremos de un modo ágil y resumido, con el fin de tener una visión de conjunto, pues eso nos ayudará a dar sentido a la lucha contra los espíritus inmundos, una lucha que, como iremos viendo, es una acción sanadora y liberadora.

JESÚS VENCE A SATANÁS EN EL DESIERTO

Los tres Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) nos dicen que Jesús comenzó a predicar la Buena Noticia tras vencer a Satanás en la dura y áspera soledad del desierto. Marcos lo describe así de escuetamente:

«A continuación, el Espíritu le empuja al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían»¹.

Mateo² y Lucas³ lo narran pormenorizando las tres tentaciones con las que Satanás puso a prueba a Jesús: las del poder económico, el poder político y el poder religioso. Y frente a esas tres tentaciones, Jesús siempre escogió hacer la voluntad del Padre, pues lo era todo para Él.

¿QUÉ SON LOS «DEMONIOS»?

Tras vencer a Satanás en el desierto, Jesús comenzó a formar su grupo más íntimo de discípulos: los Doce, y junto a ellos fue por las aldeas de Galilea predicando la conversión y anunciando la Buena Noticia.

Dado que Jesús es el Hijo de Dios, todo lo que decía se hacía realidad. Por ello, allá por donde iba anunciando el Reino de Dios, éste se percibía físicamente. Y así, cuando Juan Bautista –que estaba en la cárcel– envió a varios discípulos para preguntar a Jesús si era realmente el Mesías, Él les respondió:

«Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia»⁴.

Pues bien, los Evangelios dejan muy claro que una de las acciones más realizadas por Jesús era la expulsión de demonios. En algunos casos se trataba de enfermedades puramente físicas, como es el caso del joven epiléptico al que Jesús cura tras bajar del monte en el que se transfiguró ante tres de sus discípulos⁵. En otros casos eran enfermedades psíquicas como, por ejemplo, la depresión, la obsesión o la adicción.

Pero, muy probablemente, en la mayoría de los casos se trataba de enfermedades espirituales, es decir, de las tentaciones producidas por los malos pensamientos, sentimientos, pasiones y apetencias que alteran el interior de la persona y que la hacen actuar en contra de la voluntad de Dios, pecando. Todos sabemos muy bien en qué consisten estos demonios, pues todos sufrimos tentaciones. Sentimos cómo ellas tienen vida propia y actúan

¹ Mc 1,12-13.

² Cf. Mt 4,1-11.

³ Cf. Lc 4,1-13.

⁴ Lc 7,22.

⁵ Cf. Mc 9,17-29; Mt 17,18.

autónomamente, aunque nos resistamos e intentemos hacerlas desaparecer. Y, asimismo, experimentamos su gran poder, gracias al cual, en ciertas ocasiones nos vencen, haciéndonos pecar. De ahí que las tentaciones fueran llamadas «demonios».⁶

«LAS OBRAS DE LA CARNE» Y «EL FRUTO DEL ESPÍRITU»

Aunque nos estamos centrando en los textos evangélicos, resulta muy clarificador conocer lo que san Pablo dice al respecto, pues él les da mucha importancia a las tentaciones y, sobre todo, a los pecados que cometemos cuando nos dejamos seducir y arrastrar por ellas. A dichos pecados él los llama «las obras de la carne»:

«Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios»⁷.

Y esto lo contrapone a las obras que realizamos cuando nos dejamos guiar por el Espíritu Santo:

«En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu»⁸.

JESÚS EXPULSA DEMONIOS

Hay diversos pasajes en los que Jesús echa espíritus inmundos. Destaca el del endemoniado de Gerasa, cuyos demonios acabaron en una

⁶ Los antiguos monjes del desierto se especializaron en la lucha contra este tipo de «demonios». Destaca sobre todo Evagrio Póntico (ca. 345-399), un monje anacoreta que habitó en el desierto de Kellia (o Las Celdas), al sur de Alejandría. Sus escritos espirituales han sido una de las principales fuentes para el desarrollo de la Teología Ascética tanto en la Iglesia católica como en la Iglesia ortodoxa. Se hayan recopilados en esta magnífica obra: EVAGRIO PÓNTICO, *Obras espirituales*, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

⁷ Gal 5,19-21.

⁸ Gal 5,22-25.

piara de cerdos que se precipitó al mar⁹. También expulsó el demonio que maltrataba a la hija de la mujer sirofenicia (o cananea)¹⁰ y al de un mudo¹¹.

Hay varios pasajes¹² en los que Jesús aparece curando y expulsando espíritus inmundos a personas que forman parte de una multitud. Por ejemplo, al comienzo de su Evangelio, Marcos nos narra cómo Jesús cura a la suegra de Pedro en su casa de Cafarnaúm y, más tarde, al atardecer, «*llevaron todos los enfermos y endemoniados*»¹³ para ser sanados por Él. Y al día siguiente, tras orar de madrugada en un descampado, Jesús partió con sus discípulos a otros pueblos para seguir «*predicando en sus sinagogas y expulsando demonios*»¹⁴.

Ciertamente, Jesús le daba mucha importancia a esta labor. Según narra Lucas, así se lo hizo ver a unos fariseos que querían que se fuese de Galilea¹⁵ y a aquellos discípulos que Juan el Bautista envió para averiguar si Él era realmente el Mesías¹⁶.

EL CASO DE MARÍA MAGDALENA

Nos cuenta Lucas¹⁷ que Jesús expulsó de María Magdalena a siete demonios. El número siete, en lenguaje bíblico, significa la totalidad. Es decir, María Magdalena era una mujer que estaba totalmente esclavizada por diversas tentaciones que bullían en su interior y, quizás, también por algunas enfermedades psíquicas. El hecho es que todos aquellos demonios la impedían pensar, hablar y actuar según el Espíritu Santo.

Cuando Jesús expulsó a sus demonios, ella quedó liberada, recuperando su vida. Después de aquello, María Magdalena se sumó a su grupo de discípulos. Y, tras la crucifixión y sepultura de Jesús, Juan nos dice que fue ella la primera a la que Él se apareció resucitado y también fue la primera a la que envió a anunciar su resurrección¹⁸.

⁹ Cf. Mc 5,1-20; Lc 8,27-39; Mt 8,28-32.

¹⁰ Mc 7,24-30; Mt 15,21-28.

¹¹ Cf. Lc 11,14; Mt 9,32-33; 12,22.

¹² Por ejemplo: Lc 6,17-19; 7,18-23.

¹³ Mc 1,33.

¹⁴ Mc 1,39. Cf. Mc 1,29-39; Lc 4,38-44; Mt 8,14-16.

¹⁵ Cf. Lc 13,31-33.

¹⁶ Cf. Lc 7,18-23.

¹⁷ Cf. Lc 8,2.

¹⁸ Cf. Jn 20,10-18.

LOS DEMONIOS RECONOCEN AL HIJO DE DIOS

Hay dos pasajes en los que Jesús, contraviniendo la ley del sábado, expulsó un demonio durante la celebración litúrgica de la sinagoga. En un caso sanó a una mujer encorvada –lo cual provocó que Él recibiera una seria amonestación por parte del jefe de la sinagoga–¹⁹ y otro es éste:

«Había precisamente en su sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: “¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios”. Jesús, entonces, le increpó diciendo: “Cállate y sal de él”. Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, dio un fuerte grito y salió de él. Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: “¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad! Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen”»²⁰.

Hay otro pasaje en el que, según narra Marcos, *«los espíritus inmundos, al verle, se arrojaban a sus pies y gritaban: “Tú eres el Hijo de Dios”»*²¹. Esto describe una impactante experiencia interior: cuando se deja que el amor de Jesús actúe en el corazón humano, los malos sentimientos y pensamientos perciben con tanta claridad su poder divino que, obedeciéndole, salen de él.

JESÚS ES ACUSADO DE ACTUAR CON EL PODER DE BELCEBÚ

Por desgracia, todo esto le trajo diversos problemas a Jesús, pues a las autoridades religiosas no les gustaba que alguien que no predicaba la Ley mosaica, fuera haciendo semejantes obras a la vista del pueblo. Tanto es así que, para desacreditarlo públicamente, hubo un grupo de personas²² que le difamaron, diciendo ante la gente: *«“Está poseído por Belcebú” y “por el príncipe de los demonios expulsa los demonios”»*²³. Pero Jesús les rebatió

¹⁹ Cf. Lc 13,10-16

²⁰ Mc 1,23-27; cf. Lc 4,33-36.

²¹ Mc 3,11-12; cf. Lc 4,41.

²² Marcos (3,22) dice que son escribas, es decir, maestros de la Ley mosaica, lo que ahora llamaríamos teólogos; Mateo (12,24) dice que son fariseos, es decir, puritanos que cumplen a rajatabla la Ley mosaica y otras leyes religiosas; y Lucas (11,15) no especifica que tipo de judíos eran aquellas personas.

²³ Mc 3,22.

fácilmente diciéndoles: «¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir»²⁴.

Como bien sabemos, Jesús actuaba movido por el poder del Espíritu Santo, no por el poder del príncipe de los demonios. Decir lo contrario, afirmando que el Espíritu Santo es un espíritu maligno, es injuriar gravemente a Dios. Por eso Jesús les hizo esta clara advertencia a aquellas personas:

«Yo os aseguro que se perdonará todo a los hijos de los hombres, los pecados y las blasfemias, por muchas que éstas sean. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes bien, será reo de pecado eterno»²⁵.

JESÚS DA A OTROS EL PODER PARA EXPULSAR DEMONIOS

Jesús vino a este mundo para instaurar entre los seres humanos el Reino de Dios. Él deseaba que eso mismo lo hicieran también sus discípulos. Por eso, entre otras cosas, les transmitió el poder que Él empleaba para liberar a la gente de sus demonios. Así nos lo cuenta Marcos:

«Subió al monte y llamó a los que Él quiso; y vinieron donde Él. Instituyó Doce, para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios»²⁶.

Y, efectivamente, un tiempo después, Jesús decidió enviarlos:

«Llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos. Les ordenó que nada tomaran para el camino, excepto un bastón. Ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja. Que calzaran sandalias, pero que no llevaran dos túnicas. Y también les dijo: “Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí. Si en algún lugar no os reciben y no os escuchan, marchaos de allí sacudiendo el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos”. Y, yéndose de allí, predicaron la conversión. Expulsaban muchos demonios y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban»²⁷.

²⁴ Mc 3,23-24.

²⁵ Mc 3,28-29. Cf. Lc 11,14-22; Mt 12,24-32.

²⁶ Mc 3,13-15.

²⁷ Mc 6,7-13; cf. Lc 9,1-6; Mt 10,1.

Lo mismo hizo Jesús cuando envió a setenta y dos discípulos. Aquella misión también fue un éxito:

«Regresaron los setenta y dos alegres, diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño. Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos”»²⁸.

Curiosamente, los discípulos se toparon con un desconocido que, al igual que ellos, expulsaba demonios en nombre de Jesús, aunque no quería unirse a su grupo de discípulos. Cuando, muy contrariados, se lo comunicaron a Jesús, éste les dijo:

«No se lo impedáis, pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi nombre y que luego sea capaz de hablar mal de mí. Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros»²⁹.

Aquella persona no formaba parte del grupo de Jesús, sin embargo, estaba a favor de Él y de su mensaje salvífico. En todo caso, en otro pasaje Jesús afirma claramente que todas las personas que crean en Él y se bauticen (recibiendo así el Espíritu Santo) están capacitadas para liberar a otros de sus demonios. Veamos cómo nos lo dice el propio Jesús empleando una bella simbología:

«El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará. Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien»³⁰.

EL CASO DEL JOVEN EPILÉPTICO

Ya hemos citado anteriormente esta curación, la cual transcurre justo después de la transfiguración. Jesús había pedido a Pedro, Santiago y Juan que subieran con Él a una montaña para orar. Durante aquella oración Jesús se transfiguró ante ellos, mostrándoles su condición divina. Y después el

²⁸ Lc 10,17-20.

²⁹ Mc 9,39; cf. Lc 9,50.

³⁰ Mc 16,16-18.

Padre, hablando desde una nube que les envolvía, lo confirmó con estas palabras: «*Éste es mi Hijo amado, escuchadle*»³¹. Poco después, tras bajar de la montaña, se encontraron con una escena muy desagradable: un joven estaba sufriendo un ataque epiléptico, pero sus otros discípulos, los que no habían subido a la montaña a orar con Él, no lograban expulsar ese «espíritu inmundo». Veamos qué ocurre a continuación, tal y como lo narra Marcos:

«Al llegar [Jesús] donde los discípulos, vio a mucha gente que les rodeaba y a unos escribas que discutían con ellos. Él les responde: “¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo!”. Y se lo trajeron. Apenas el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al muchacho y, cayendo en tierra, se revolcaba echando espumarajos. Entonces Él preguntó a su padre: “¿Cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?”. Le dijo: “Desde niño. Y muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él. Pero, si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros”. Jesús le dijo: “¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!”. Al instante, gritó el padre del muchacho: “¡Creo, ayuda a mi poca fe!”. Viendo Jesús que se agolpaba la gente, increpó al espíritu inmundo, diciéndole: “Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de él y no entres más en él”. Y el espíritu salió dando gritos y agitándole con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había fallecido. Pero Jesús, tomándole de la mano, le levantó y él se puso en pie. Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: “¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?”. Les dijo: “Esta clase de demonios con nada puede ser arrojada sino con la oración”»³².

Como vemos hay dos elementos muy importantes en la expulsión de los demonios: la fe y la oración. Hemos visto cómo Jesús se enfadó al constatar la poca fe de sus discípulos y lo mismo hizo cuando el padre del joven dudó de su poder. Pero todo cambió en el momento en que el padre le rogó que aumentara su fe, pues fue entonces cuando Jesús expulsó al espíritu inmundo. Después, en privado, los discípulos le preguntaron por qué ellos no habían logrado hacerlo, y entonces Él, en lugar de reprocharles su poca fe, les habló del poder de la oración.

Como vemos, esta gran escena comienza con Jesús animando a Pedro, Santiago y Juan a orar, y acaba con Jesús alentando al resto a hacer lo mismo. Si sus discípulos debían orar para contemplar su divinidad, también debían

³¹ Mc 9,7.

³² Mc 9,18-29.

orar para actuar en su nombre. Porque la oración incrementa nuestra relación con Jesús y, de ese modo, aumenta nuestra fe en su poder divino. Eso fue lo que, a su modo, hizo el padre del joven: tras conocer a Jesús, le rogó que aumentara su fe y entonces Jesús sanó a su hijo.

LA ESTRATEGIA DE LOS DEMONIOS

Lucas y Mateo nos ofrecen en sus Evangelios una misteriosa parábola de Jesús acerca de la estrategia que emplean los demonios para entrar en una persona. Ambos la sitúan en la confrontación de Jesús contra aquel grupo de judíos que le acusaban de actuar en nombre del príncipe de los demonios. Ésta es la parábola:

«Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, pero no lo encuentra. Entonces dice: “Volveré a mi casa, de donde salí”. Y al llegar la encuentra desocupada, barrida y en orden. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio. Así le sucederá también a esta generación malvada»³³.

Esta parábola, a simple vista, es un poco descorazonadora, porque parece decirnos que si expulsamos de nuestro corazón una tentación, y dejamos el corazón limpio y ordenado, entonces aquella tentación vendrá con otras siete y se harán totalmente dueñas de nuestro corazón. Recordemos que siete significa totalidad.

La clave está en estas tres palabras: «*desocupada, barrida y en orden*». Hemos escogido la versión de Mateo porque en la de Lucas³⁴ falta el término más significativo: «desocupada». Pues lo que Jesús trata de decirnos es que si, tras vencer una tentación, nos limitamos a limpiar y embellecer nuestra alma y a poner en orden los sentimientos y pensamientos que hay en ella, pero no facilitamos la entrada del Espíritu Santo, dejándola desocupada, entonces se aprovecharán de ese orden y esa belleza otras muchas tentaciones para entrar en nuestra alma y destrozarla.³⁵

En efecto, si nuestra alma no es la casa del Espíritu Santo, sigue siendo la casa de las tentaciones, aunque temporalmente las hayamos vencido. Por eso dice el espíritu inmundo: «*Volveré a mi casa*».

³³ Mt 12,43-45.

³⁴ Cf. Lc 11,24-25.

³⁵ Cf. Joachim JEREMIAS, *Las Parábola de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1974³, p. 240.

Recordemos cómo Jesús afirmaba –ante los que le atacaban– que Él actúa siempre movido por el Espíritu Santo. Pues bien, eso mismo quiere de nosotros. Porque es imposible mantener un interior limpio y bello si en él no habita el Espíritu de Dios. Así lo dice el salmista:

«Yo te amo, Señor; Tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,
mi fuerza salvadora, mi baluarte»³⁶.

SATANÁS ENTRA EN JUDAS

Sabemos que Judas formaba parte de los Doce y que era uno de los discípulos más cercanos a Jesús, pues Él le había dado la responsabilidad de administrar el dinero de la comunidad. Pero se tenía por alguien especial. Incluso se atrevía a corregir a Jesús. Pensemos cómo Juan nos narra que, poco antes de su pasión y muerte, estando en la casa de Marta y María, en Betania, Judas le echó en cara a Jesús que hubiese dejado que María vertiese en sus cabellos perfume de nardo puro, que era muy costoso³⁷.

Pues bien, Juan nos dice que, pasados unos pocos días, cuando Jesús celebraba la Última Cena con sus discípulos, pasó lo siguiente:

«Cuando dijo estas palabras, Jesús se turbó en su interior y declaró: “En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará”. Los discípulos se miraban unos a otros, sin saber de quién hablaba. Uno de sus discípulos, el que Jesús amaba, estaba a la mesa al lado de Jesús. Simón Pedro le hace una seña y le dice: “Pregúntale de quién está hablando”. Él, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dice: “Señor, ¿quién es?”. Le responde Jesús: “Es aquel a quien dé el bocado que voy a mojar”. Y, mojando el bocado, lo toma y se lo da a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y entonces, tras el bocado, entró en él Satanás. Jesús le dice: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”. Pero ninguno de los comensales entendió por qué se lo decía. Como Judas tenía la bolsa, algunos pensaban que Jesús quería decirle: “Compra lo que nos hace falta para la fiesta”, o que diera algo a los pobres. En cuanto tomó Judas el bocado, salió. Era de noche»³⁸.

³⁶ Sal 18,1-2.

³⁷ Cf. Jn 12,1-8.

³⁸ Jn 13,21-30.

Para entender lo que aquí ha pasado, es fundamental tener en cuenta las palabras que Jesús había dicho justo antes, en el versículo anterior:

«En verdad, en verdad os digo: quien acoja al que Yo envíe me acoge a Mí, y quien me acoja a Mí, acoge a Aquel que me ha enviado»³⁹.

Porque Jesús sabía muy bien que Judas no había acogido en su corazón al Espíritu del Padre, al Espíritu Santo. En efecto, dado que Judas cumplía la Ley mosaica, tenía su corazón limpio y ordenado, pero también lo tenía «desocupado», vacío del Espíritu Santo. Por eso Satanás entró tan fácilmente en él, empujándole a entregar a Jesús a las autoridades religiosas.

EL PODER DE LA ORACIÓN

Ya hemos hablado de lo fundamental que es la oración en la expulsión de los demonios. En este sentido, tiene una gran importancia la oración que el propio Jesús expresó al Padre tras la Última Cena. Juan nos expone dicha oración en el capítulo 17. Éste es un fragmento muy significativo que enlaza bien con lo ocurrido anteriormente con Judas:

«Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que Tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y Yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba Yo con ellos, Yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura»⁴⁰.

Como vemos, Jesús ruega al Padre para que cuide de nosotros y nos proteja de los demonios. Eso mismo nos enseña a pedir en la oración del Padrenuestro: «...no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal»⁴¹. Si realmente queremos actuar, hablar y pensar libremente, viviendo el Reino de Dios, es muy importante expresar con sinceridad estas palabras, de todo corazón.

³⁹ Jn 13,20.

⁴⁰ Jn 17,9-12.

⁴¹ Mt 9,13.

CONCLUSIÓN

Jesús pasó por este mundo haciendo el bien, mostrando así que su Reino ya estaba presente entre aquellos que escuchaban y vivían su Palabra. Una forma de hacer el bien muy empleada por Jesús era la de sanar o liberar a las personas que estaban enfermas o esclavizadas por los demonios que habitaban en su interior. Y Jesús les dio a sus discípulos ese mismo poder, para que ellos también pudieran hacer realidad su Reino en este mundo.

A nosotros también nos da ese poder, si somos coherentes con su Palabra. Pero es muy importante que nosotros mismos nos protejamos de los demonios que nos acechan. Y para ello sólo hay una solución: orar asiduamente para que el Espíritu Santo, que es el Espíritu del Padre y el Hijo, habite en nuestro corazón, siendo el centro y la roca de nuestra vida. Él nos protegerá de «las obras de la carne» y hará que actuemos y vivamos evangélicamente, dando «el fruto del Espíritu».